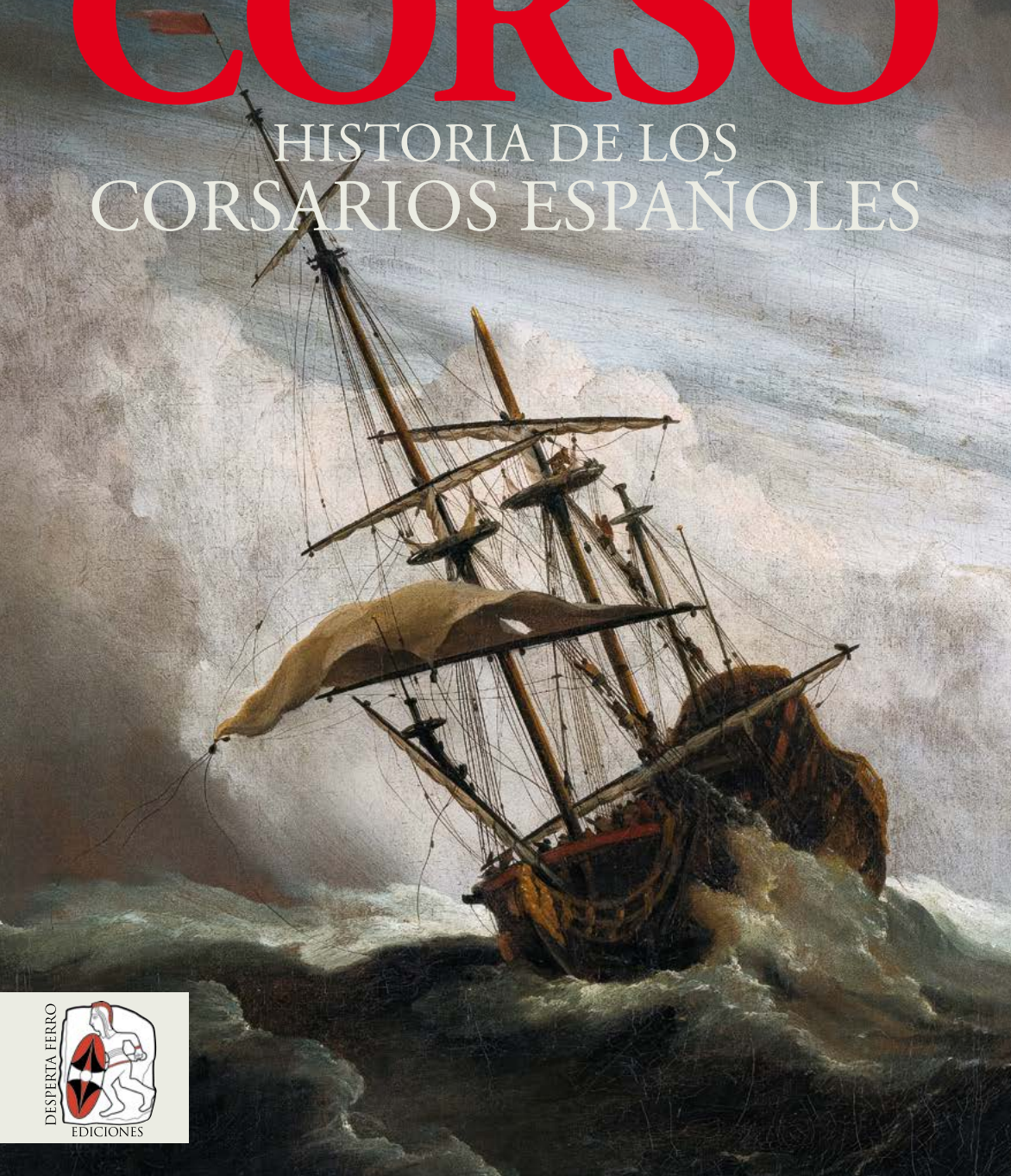


Vera Moya Sordo

REYES DEL CORSO

HISTORIA DE LOS
CORSARIOS ESPAÑOLES



REYES DEL CORSO



Vera Moya Sordo

REYES DEL CORSO

HISTORIA DE LOS
CORSARIOS ESPAÑOLES



Reyes del corso
Moya Sordo, Vera
Reyes del corso / Moya Sordo, Vera
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2025 – 536 p., 16 de lám.: 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
D.L.: M-12300-2025
ISBN: 978-84-129810-7-0
94(460:7/8)
355.49

REYES DEL CORSO

Historia de los corsarios españoles

Vera Moya Sordo

© de esta edición:

Reyes del corso

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-129810-7-0

D.L.: M-12300-2025

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Coordinación editorial: Mónica Santos de4l Hierro

Primera edición: julio 2025

Todas las imágenes del libro son de dominio público, salvo aquellas en las que se especifique otra fuente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2025 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

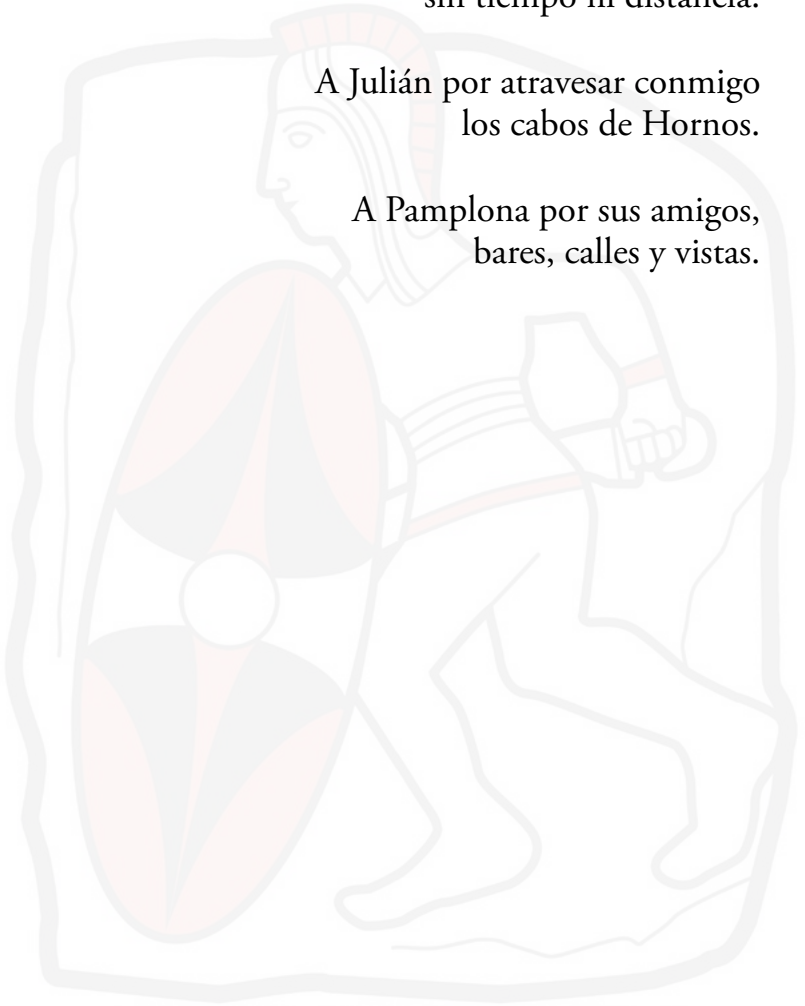
Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

A Mari y Juan por su amor
sin tiempo ni distancia.

A Julián por atravesar conmigo
los cabos de Hornos.

A Pamplona por sus amigos,
bares, calles y vistas.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

ÍNDICE

Prefacio	IX
1 EL BOTÍN DEL REY Y LA SOMBRA DEL CORSARIO	1
2 DE CABALLEROS Y PLEBEYOS	43
3 EXPLORADORES Y GUARDIANES DEL MAR OCÉANO	103
4 GUERRA SUPREMA. ESCUADRAS REALES Y CORSARIOS DE LOS AÑOS DORADOS	157
5 NAVEGANTES DE LA FORTUNA	215
6 CORSARIOS DE REYES Y REYES DEL MAR EN LA GUERRA DE SUCESIÓN	269
7 «MINISTROS DE CORSO» I. EL MILANÉS QUE HIZO SURGIR LA REAL ARMADA	321
8 «MINISTROS DE CORSO» II. DE SECRETOS, SANJUANISTAS Y MÁS CORSARIOS	377
9 EL PRINCIPIO DEL FIN: LA ERA DE LAS REVOLUCIONES	439
Epílogo. <i>Los últimos corsarios</i>	467
Bibliografía	477
Índice analítico	501

PREFACIO

Los corsarios suelen ser escurridizos. Confundidos casi siempre con piratas, más por destino que por voluntad, han sido condenados por el imaginario popular a pertenecer al mismo grupo de los bandidos de mar, de esos que no tienen ni ley ni dueño y que siempre se pierden en un paisaje cambiante esculpido por el viento. Pese a ello, entremezclados en las llanuras saladas de la oralidad, la costumbre y la literatura de aventuras, muchos han podido no solo sobrevivir al paso de los siglos, sino permanecer en la memoria de los libros, en cuentos, novelas y poemas, y también en imágenes pictóricas o cinematográficas, inmortalizados como seres de mirada viva y envidiada libertad y suerte, a veces capaces de indecible violencia y dispuestos a perderse en orgías de saqueo y destrucción.

Sin embargo, los verdaderos corsarios no eran piratas.

Fuera del ámbito imaginario de aquellos lobos de mar que navegaban por océanos que mueren en el horizonte, en la historia marítima tradicional escrita en España e Hispanoamérica desde el siglo XIX, y todavía a inicios de la siguiente centuria, hay que hacer un esfuerzo para buscarlos en medio de las grandes batallas navales, detrás del oscuro humo de los cañones, durante las obstrucciones a puertos o en los fieros abordajes de galeras y navíos que, si no se capturan, luego explotan o se van a pique. En esos innumerables relatos de enfrentamientos castrenses es raro hallarlos en primer plano. La mayoría de las veces apenas se les nombra en los preparativos de las escuadras o durante sus actuaciones, o ni siquiera aparecen cuando ahora sabemos que allí estuvieron. A veces su presencia se ocultaba o desdeñaba a propósito por quienes

escribían la gran historia de la marina de guerra, aquella edificada sobre extraordinarias proezas militares. Se entiende que no hubiera lugar para ellos en el universo de héroes de bronce forjados en los inmutables ideales nacionalistas y triunfalistas, de los mártires catapultados en la cumbre de las hazañas bélicas. No obstante, la ceguera impidió que por mucho tiempo se comprendiera su existencia y desempeño fundamental en la guerra naval, me refiero a la que fue proyectada y desplegada por los reinos, los Estados y los imperios. En esta ingenua imperfección de la construcción histórica permanecieron por mucho tiempo como fuerzas menos visibles, no por ello menos presentes y, ciertamente, poderosas.

Enrique Otero Lana, uno de los principales estudiosos del corso español, era de la idea, allá por 1999 —que Magdalena de Pazzis Pi Corrales suscribió poco más de una década después— de que quizá la falta de interés general de los historiadores por los corsarios, sobre todo de los que se centraban en los acontecimientos militares, se debía a una especie de «convicción de que en España nunca existieron [...] pues no cabían en el concepto de honor de los españoles»,¹ en cambio, se identificaban como tales, de manera clásica y en supremacía, a ingleses y, en segundas filas, a franceses, holandeses e incluso portugueses. El mismo Fernández Duro, capitán de navío y escritor decimonónico de la historia de la Marina de Castilla, aseguraba que la opinión tradicional de la Corona era contraria al empleo del corso, puesto que lo consideraba un «medio de guerra abusivo e inmoral en la práctica».² De haber sido cierto este pensar, a mi parecer «ingenuo», se entiende la indiferencia generalizada de la historiografía hacia el tema, pero si algún despistado aún duda de que en España existieron corsarios o afirma que fueron poco utilizados por el Estado, invito a echar un vistazo a los trabajos de los arriba mencionados historiadores, así como a los de María Teresa Ferrer i Mallol, Manuel Lucena Salmoral, Ángel López Cantos, Manuel de Paz Sánchez, Daniel García Pulido, Ángel Dámaso Luis León y Agustín Rodríguez González, entre otros, que han estudiado en extenso y profundidad al corso y a los corsarios en diferentes lugares y épocas y han demostrado que su presencia fue constante y más que significativa en la historia de las fuerzas navales españolas.

Por ello, en sus obras y en una investigación propia me baso para escribir las siguientes páginas, en un intento por construir una historia de corsarios, de los que lo fueron bajo el auspicio de la Monarquía Hispánica y que comprenda su origen, dé seguimiento a su evolución y permanencia como estrategia imprescindible en la guerra internacional, hasta el momento en que las condiciones políticas de los Estados mo-

ernos, autoritarios y centralizados, y el avance de la tecnología naval de altos costes, auguraron el fin próximo de su existencia. La idea es dar una vuelta que no solo los mire como producto de una necesidad individual o regional, como el escudo protector de los litorales o los promotores del desarrollo económico de las sociedades marítimas a las que pertenecían, sino como un instrumento esencial del poder regio y su despliegue en la guerra naval internacional, hasta llegar a ser, incluso, figuras principales para la defensa de los territorios y las riquezas del imperio americano.

Concuerdo con Emilio Sola, no solo cuando dice que el corso era una manifestación «natural» de los pueblos marítimos, sino cuando afirma que se trataba de una verdadera guerra permanente.³ Desde los tiempos antiguos estuvo ahí. En el Mediterráneo, en las épocas de la oralidad, todavía oscuras para los ojos de los historiadores o de los arqueólogos, alcanzamos a percibir su sombra a bordo de las flotas de galeras cuyos encuentros de cascos bramaban con estruendoso furor en las batallas de las Guerras Médicas o la del Peloponeso. Lo vemos surgir mucho antes de la consolidación de las *poleis* griegas, como una variante de la entonces reconocida piratería, cuando ciertos grupos armados no solo servían a sus propios intereses, sino a los de reyes y señores de diversas ciudades del Levante oriental y occidental, quienes justificaban aquel acto de violencia legítima en los encuentros navales con sus rivales y perpetuaban el añejo derecho a obtener de ellos el botín de guerra.

Con el paso de los siglos, acabaron por emerger de la confusión del fondo y se apartaron de la piratería no tanto en la acción, sino en la forma jurídica, lo que marcaba la frontera entre lo legal y lo ilegal, hasta solidificar su figura al amparo de los reinos, condados y repúblicas del Mediterráneo occidental, esto incluía a itálicos y franceses, las provincias costeras del reino de Aragón, y más tarde en el Atlántico nororiental, a las de Castilla. Entonces, los vasallos eran llamados por sus señores y reyes a servir voluntariamente en sus contiendas marítimas o a llevar a cabo actos de represalia en su nombre. Por esos días, los nobles e hidalgos se ofrecían a organizar por su cuenta una armadilla y a alistarse como los jefes de aquellas cruzadas, mientras los patrones o comerciantes dueños de una galera o dos llegaban a acuerdos con los gobernadores de turno para cumplir con los periplos belicistas, a cambio de ciertos beneficios, entre ellos, una parte delpreciado botín. Así, comenzamos a saber quiénes eran, con nombre y apellidos, y a veces un poco más, y los extraemos del anonimato para reconocer y destacar al actor que eligió esta forma de vida o fue llevado a ella por sus circunstancias.

Llegados a este punto, es posible rastrearlos en diversas modalidades de acuerdo con los mares, las sociedades y las necesidades de los tiempos. Solos o en flotillas, igual se les ve proliferar con patente y albedrío desde el Mediterráneo hasta el Cantábrico que cumpliendo objetivos regios como el patrullaje y la cacería de embarcaciones mercantes y de guerra enemigas por el canal de la Mancha o Gibraltar formando parte constitutiva de las llamadas guardas del Estrecho. También participaban en expediciones de desembarco y cabalgadas por villas costeras del ducado de Breñaña o Inglaterra o en el continente africano, directo al corazón de los territorios del Magreb o del dominio portugués de cara al Atlántico. No tardaron en enfiar su proa hacia el otro lado del Mar Océano en busca de nuevas rutas y al encuentro de inesperados mundos, para luego ser parte de las armadas de escolta de los galeones cargados de tesoros desde las Indias, donde, además, destacaron en la protección de los territorios y participaron, por medio del contrabando, en el estímulo de la incipiente economía colonial.

Su instrumentación en la guerra aumentó conforme se extendió el conflicto global. Si bien ya era evidente en la ofensiva castellana contra los moros infieles o en la que emprendían entre sí los reinos mediterráneos a lo largo de la Baja Edad Media, y empezó a formalizarse durante la dilatada y extenuante Guerra de Flandes y la perpetuación del combate al eterno enemigo berberisco. En esa época, en pleno amanecer del siglo XVII, todavía destacaban los nobles que invertían sus capitales y herencias en la organización del armado de flotillas de galeras y después de navíos para ir al frente con ganas de ensalzar su nombre y sus carreras militares, hacer méritos ante su rey o incrementar su poder o fortuna. Hacia el final de la guerra, cuando la Corona constituyó la Armada de Flandes, una escuadra real comandada por capitanes corsarios que actuaba junto con flotillas organizadas por particulares, fue cuando se establecieron los cimientos de la guerra de corso como política planificada y organizada por el Estado en colaboración con la iniciativa privada. También entonces, aunque existían desde siglos atrás, las asociaciones de corsarios adquirieron una mayor complejidad administrativa y legitimación hasta llegar a ser verdaderas empresas capitalistas. En este andar se fueron desvaneciendo los aristócratas en soliloquio y dieron paso a hábiles individuos para variar y combinar actividades en las que eran, a la vez, capitanes, armadores, comerciantes y contrabandistas. En el negocio incluso participaron oficiales militares y funcionarios, gobernadores y virreyes asociados con otras personas o grupos de interés que buscaron conformar compañías de corso y comercio de carácter oficial.



La Santa María fondeada en agosto de 1492. El buque insignia de Cristóbal Colón, de 23 metros de eslora y una tripulación de unos 45 hombres, se alza en el contraluz del amanecer y se observa con detalle la jarcia, en la que se han retratado marineros que se preparan para zarpar. Obra de Andries van Eertvelt, ca. 1607, Museo Marítimo Nacional, Londres.

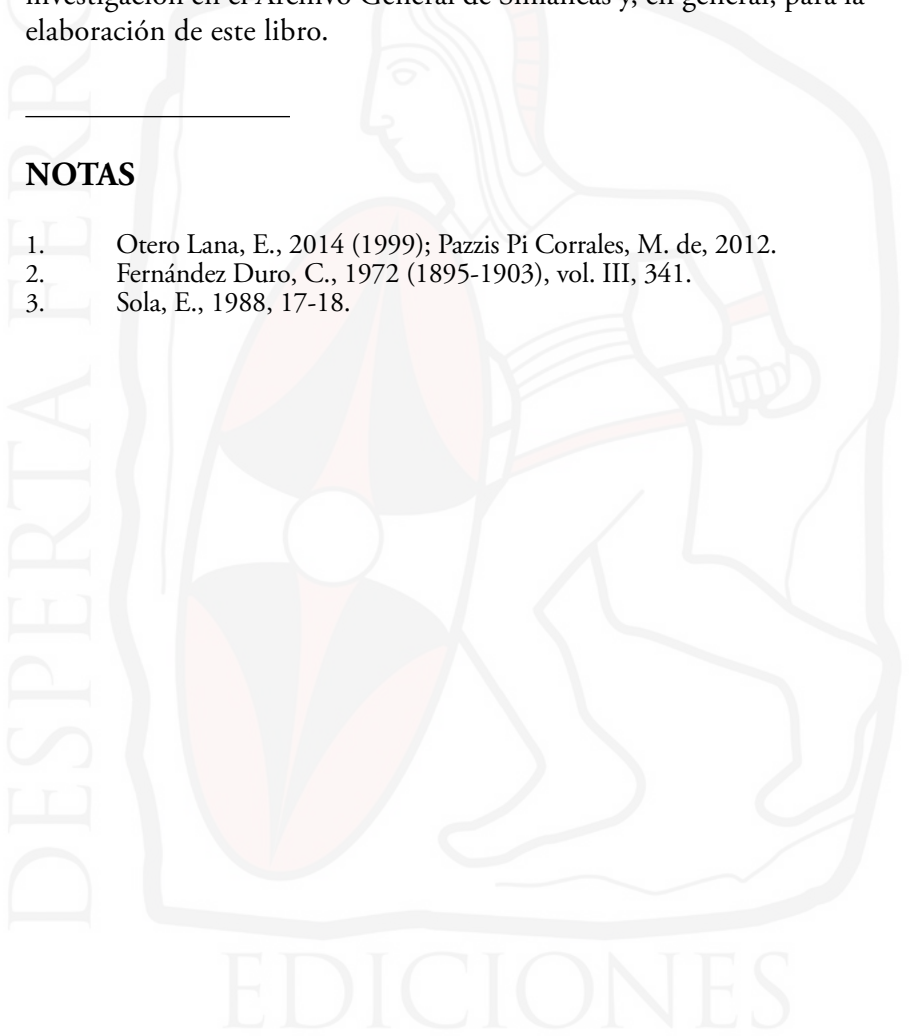
En esta evolución, el corso público y privado se volvió un medio eficaz por el que los reyes y sus crecientes reinos podían proyectar poder militar. Se había consolidado su existencia como una forma lícita de guerra, configurada como una estrategia castrense con pies y cabeza, y se mantenía una clara noción de las repercusiones geopolíticas y económicas de su empleo en las contiendas entre los Estados beligerantes. De forma que, si se quería utilizar para vencer, se requería su debida planificación, organización y dirección. No bastaba con otorgar las licencias y aumentar la participación de armadores particulares con privilegios o exenciones, porque, en este libre albedrío, su actuación seguía siendo aislada y meramente local y aunque actuaran en grupos, la mayoría de las veces lo hacían de forma desorganizada, apartados de los parámetros deseados por la Corona para lograr resultados a largo plazo. Se trataba, pues, de hacer un esfuerzo por alinearlos a los intereses monárquicos y guiar sus operaciones, a la vez que justificar su despliegue en la llamada guerra justa y probar la legitimidad de su existencia en el ámbito de la contienda marítima internacional. En ello participaron todos los poderes occidentales que peleaban sus batallas en alta mar, los mismos que, para sostener su dominio naval, acudieron a la cooperación con sus sociedades o las de sus aliados.

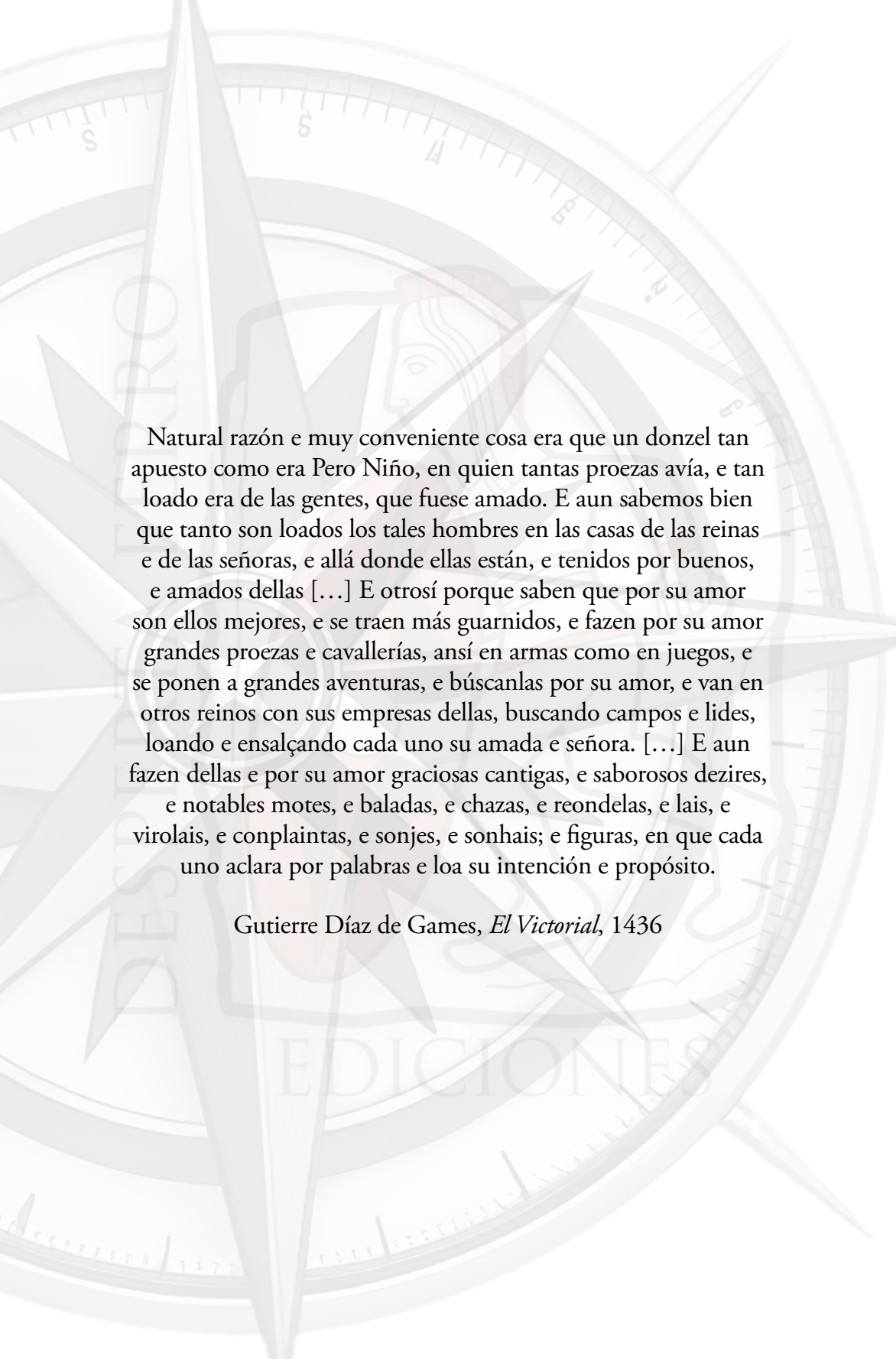
Con el desarrollo del Estado moderno y absolutista de la mano de la expansión de la guerra global en el largo siglo XVIII, cuando los corsarios se volvieron máquinas de proyección del poder monárquico, se hizo más evidente que la colaboración servía para enriquecerse a costa de otros, para crear fuerzas que se sobrepusieran, para ejercer violencia, obligar, en definitiva, a garantizar la continuidad de un sistema a partir de la coerción. Aunque no se trata de simplificar con juicios meridianos las contradicciones de la historia, de condenar las estrategias de los Estados o imperios dominantes o la violencia de la guerra, ni de cuestionar las intenciones de los particulares y las sociedades para participar en ella, si bien es pertinente hacer las debidas reflexiones que permitan establecer una mejor comprensión de la complejidad del comportamiento humano, de sus causas y consecuencias. En ese sentido, la historia de corsarios que se narra a continuación es más la de la conquista de la voluntad independiente, en la que cada uno de los personajes o sus acciones partieron de sus propias motivaciones, fraguadas por contextos sociales, económicos y geopolíticos concretos y cuyos principios y finales, si bien nos enseñan mucho del exceso de ambición, de la codicia, la brutalidad, incluso de la traición o la envidia, también nos hablan del esfuerzo, el valor, la inteligencia, perseverancia, cooperación, adaptación y supervivencia.

Solo me resta dar las gracias a Rafael Torres, por la idea y el empuje para escribir acerca de este tema; a Javier Dávila, por su atenta lectura; y a la ayuda que recibí por parte del proyecto PCI2021-122071-2B, financiado por MCIN/AEI/10.13039. /501100011033 y por la Unión Europea «NextGenerationEU»/PRTR, junto con la Universidad de Navarra, Pamplona, para completar una estancia de investigación en el Archivo General de Simancas y, en general, para la elaboración de este libro.

NOTAS

1. Otero Lana, E., 2014 (1999); Pazzis Pi Corrales, M. de, 2012.
2. Fernández Duro, C., 1972 (1895-1903), vol. III, 341.
3. Sola, E., 1988, 17-18.





Natural razón e muy conveniente cosa era que un donzel tan apuesto como era Pero Niño, en quien tantas proezas avía, e tan loado era de las gentes, que fuese amado. E aun sabemos bien que tanto son loados los tales hombres en las casas de las reinas e de las señoras, e allá donde ellas están, e tenidos por buenos, e amados dellas [...] E otrosí porque saben que por su amor son ellos mejores, e se traen más guarnidos, e fazen por su amor grandes proezas e cavallerías, así en armas como en juegos, e se ponen a grandes aventuras, e búscanlas por su amor, e van en otros reinos con sus empresas dellas, buscando campos e lides, loando e ensalzando cada uno su amada e señora. [...] E aun fazen dellas e por su amor graciosas cantigas, e saborosos dezires, e notables motes, e baladas, e chazas, e reondelas, e lais, e virolais, e conplaintas, e sonjes, e sonhais; e figuras, en que cada uno aclara por palabras e loa su intención e propósito.

Gutierre Díaz de Games, *El Victorial*, 1436

2

DE CABALLEROS Y PLEBEYOS

LA VENGANZA DE UNA DAMA

Era un tiempo de reyes, guerras y represalias; de gloria mundana y galardones supremos. Apenas entrado el siglo XIV empezó a librarse uno de los conflictos armados más largos del mundo occidental. Un ciclo caótico de ataques furibundos y depredaciones apocalípticas conocido como la Guerra de los Cien Años –en realidad, 116 años, entre 1337 y 1453–, que giró alrededor del control feudal de las posesiones inglesas en Francia. El conflicto entre ambos reinos, que implicó a otros territorios europeos que colindaban con el Mediterráneo, el Atlántico y el mar del Norte, también se disputó en el mar, en cuyo tablero los monarcas colocaron sus buques armados poblados con soldados y mercenarios y jugaron su suerte con el corso y la piratería con la colaboración de súbditos voluntariosos. Según las diversas etapas de desenvolvimiento de la ofensiva, compleja en políticas y alianzas, se podían ver, por un lado, a los ingleses y sus aliados bretones, normandos, portugueses, flamencos y franceses leales a los Plantagenet; y, por el otro, a franceses seguidores de la casa de Valois y sus aliados, entre los que también había bretones y normandos, así como escoceses, genoveses, más tarde también castellanos, navarros y aragoneses. Unos y otros asaltaron navíos de comercio o de pesca enemigos y atacaron sus puertos, o desembarcaron con posteriores cabalgadas tierra adentro. Por supuesto, algunos actuaban muy por fuera de las fronteras de lo que, en teoría, era la «buena guerra», contra objetivos amigos o neutrales –como los barcos de la Liga de Hansa cuando no eran aliados de

los ingleses—, lo que incrementaba, o creaba, nuevos problemas entre las partes en conflicto.

También los había quienes, por su cuenta, con carta de marca y represalia en mano, buscaban reparar un supuesto daño que se les había hecho. En determinados momentos, las incursiones de pillaje marítimo se tornaron oleadas de revancha que iban y venían de todas partes e involucraban a gente de diversa índole. Los había desde corsarios que escoltaban la flota vinícola de Burdeos, Francia, con licencias para capturar enemigos en el camino, hasta una comerciante viuda de Coventry, en Inglaterra, la cual, tras obtener una carta de marca del monarca Enrique IV, envió a un corsario de Dartmouth a atacar comerciantes de Santander en compensación por la captura ilegal de su barco y sus bienes.¹ Por su parte, los armadores de Saint-Malo y otras partes de Bretaña ganaron, entre los ingleses, la reputación de ser los más viles de todos, destructores de su comercio y sus pueblos. Más o menos así rezaban unos versos anónimos escritos tras el sitio de Calais de 1436:

Y de esta Bretaña, que tanto grava la verdad
son los más grandes piratas y los más grandes ladrones
que llevan muchos años en el mar;
y que nuestros mercaderes han traído todo hasta allí.
Porque han tomado un bien notable de los nuestros
en este lado el mar, estos falsos colores desafiante,
llamado Saint-Malo y en otros lugares,
qué allí duque no se rendirá reverencia.
Con tales colores, nos han obstaculizado dolorosamente,
y por tanto la paz engañada no se halla en ningún lugar.²

El título del poema puede parecer engañoso: «Difamación de la política inglesa», pues, en realidad, se trata de un discurso en defensa del mercantilismo inglés, a la vez que una exposición del patriotismo exagerado de sus vecinos franceses; con una queja profunda, entre otras cosas, de la piratería generalizada en la que, claro está, se acusa a los corsarios y piratas de otras naciones, en tanto que se excluye a los propios: los de Dartmouth, Plymouth, Bristol, entre otros puertos de la isla británica. La reclamación inglesa de su derecho a la «verdad», si bien algo contradictoria, no significó nada en la realidad de una guerra de extraordinaria complejidad y duración como esta, en la que la condena a las correrías de corsarios-piratas, ampliadas en cabalgadas predatorias, no fue exclusiva de los ingleses. Porque, como el resto, estos también

buscaron imponerse por tierra o por mar por la vía de la coerción, sin importar la desaprobación de sus rivales. Veamos que otra estrofa del mismo poema hace una alusión simbólica a las dos caras del poder monárquico inglés. Me refiero a un fragmento que habla del «Gran Sello» o moneda, en el que, por un lado, vemos la figura del príncipe o rey con espada en mano, entronizado a caballo, personificando el poder sobre la tierra; mientras que, del otro, aparece un noble dorado sentado en su navío, que representa la prolongación de este dominio hacia el mar, igualmente real e incontestable.³

La dualidad me recuerda lo que su majestad sapientísima de Castilla dilucidaba en sus *Partidas*, poco más de un siglo antes, cuando refería a la inteligencia regia de rodearse de caballeros de noble cuna para dirigir y librar su guerra, la justa, la buena, por tierra y por mar, para, con la extensión de este, su brazo, evitar las sinvergonzonerías y los excesos de codicia. Con tal deseo, convino disertar ampliamente en «De los caballeros y de las cosas que les conviene hacer»⁴ para designarlos como los elegidos por Dios para ser los defensores de la tierra, el pueblo y la honra. Según Alfonso X, honra y nobleza eran una sola y, como tal, una virtud que se heredaba en el linaje que circulaba por la sangre. Sea como fuere, aunque un caballero solo podía ser de noble estirpe, estaba obligado a conocer de caballos o, en su defecto, de barcos y armas; además de ser entendido, sabio y tener buenos hábitos, mostrar maña en la decisión y ser leal en la voluntad. No bastaba ser de «sangre azul» y todo aquel que se considerara como tal estaba obligado a demostrar que se merecía el título. No obstante, si perdía la honra por traidor, alevoso y ladrón, o, peor aún, si mostraba una crueldad desmedida, más valía que fuera muerto por descabezamiento, de lo contrario, siguiendo los usos y costumbres de «los antiguos de España», podía acabar despeñado desde lo alto de una cima hasta desmembrarse, como alimento de fieras o hundido en el mar más profundo.⁵

Ahora bien, lo que observamos en esta guerra centenaria al desnudo que atraviesa los siglos XIV y XV, entre el caos de reyertas y manadas diligentes e imparables de destrucción, es una aristocracia europea que encabeza ejércitos y flotas de uno u otro bando y que sobresale por el uso de la violencia sistemática en defensa de sus propios intereses. En las crónicas, al seguir los pasos de sus andanzas, con frecuencia los vemos con ánimo de levantar y azuzar espadas, de clavar lanzas en lo más hondo, ante la mínima provocación. Al galope por lodo y fuego, los contemplamos llevar el terror a poblaciones vulnerables y provocar un trauma incurable a su paso. Lo que se percibe son comportamientos

más bien dudosos de buena parte de la nobleza inglesa, francesa y demás involucrados que se precian de ser caballeros y dejan al descubierto ante nuestros ojos que la honra es escasa, como suelen ser las buenas herencias, así como que el heroísmo en un hidalgo es, en realidad, una cualidad que requeriría trabajo voluntarioso, valentía y, sin exagerar, de buen corazón, «manantial de las grandes obras, talismán que mueve y sojuzga voluntades».⁶

A pesar del aparente enturbiamiento de estos ideales, durante aquel periodo, precisamente, la cultura del ejercicio de las armas con fines justos, la razón de ser del caballero y sus gestas, alcanzó la cumbre en Europa; coronada sus sienes con laureles gracias a unas cuantas proezas muy dignas, cantadas por trovadores, recitadas en la poesía y descritas o repetidas de manera diligente en los tratados. Ganó sobre la generalidad francamente decepcionante de su práctica —me atrevo a pensar que así le hubiera parecido al sabio rey Alfonso de haber vivido esa guerra—, al ensalzar, si bien en algunos casos merecidamente, a los líderes de los ejércitos y armadas que emplearon el arte de la violencia en aras de la defensa del orden y la justicia. En fin, que no es la intención aquí precipitarme y perdernos en juicios morales, salvo llegar al primero de los temas para tratar en este apartado: el de la aristocracia que en esta guerra dirigió y se distinguió en las armas y el corso.

Más para bien que para mal, contrario a lo que pudiera pensarse, el ideal de la caballería estaba vivo y algunos voluntariosos, valientes o temerarios, fuera siguiendo el peso del linaje o un ideal, eligieron el mar, sin duda, el teatro de la aventura por excelencia. La vida en este vasto paisaje natural era dura, también para el guerrero. La mayoría de los que buscaban arriesgar ahí su vida lo hacían no tanto por vencer, sino para ganar reputación que pudieran gastar a la vuelta a la corte, calculando la proporción entre lo que afrontaban y podían lograr. No extrañe que la guerra marítima no fuera elegida por cualquiera y que su liderazgo en ella fuera inusual. Ante todo, había que tener cierta familiaridad, de preferencia experiencia, en las costumbres marinas y navales a bordo de estrechas e inestables cáscaras de nuez. Para los caballeros, ser profesional requería la inversión de la fuerza y finanzas propias, por lo que, si había que arriesgarlo todo, esto es, los recursos, la existencia y el honor, en tierra era más seguro y menos costoso en términos físicos y materiales, tanto para ellos, como para los contingentes que solían sufragar de su propio bolsillo.

En cambio, armar una flota de guerra o corsaria requería una enorme inversión en buques, ya fueran galeras, galeotas, leños, fus-

tas, balleneros, saetías, pinazas, unos tipos llamados serrantes y otras embarcaciones de menor porte; en armas como ballestas, cuchillos, puñales, hachas, lanzas y proyectiles como dardos, piedras y saetas; incluyendo fuego de alquitrán, trancas con cadenas, etc.; en sueldos de hombres para marinería, remeros con sus remos; y soldados o balles-teros con todo y sus lorigas, corazas, escudos, guardabrazos y yelmos; y pertrechos como bizcocho, carne salada, legumbres, queso, ajos y vinagre; agua, sidra y vino. Además de un continuo aprovisionamiento de todo esto, de las armas y los alimentos; de la gente por relevo o sustitución; de hierro para clavazón; pez, sebo y estopa para reparaciones y mantenimiento, de cosas como paja y remos. Un largo etcétera cuyo coste podía llegar a ser proporcional al riesgo de pérdida. Porque esta última podía ser total, en caso de destrucción del navío por fuego enemigo o su captura; o por naufragio, debido a una tormenta o avería; o parcial, si se encallaba en tierras lejanas o la misión se abortaba por mal tiempo, hambre, sed, enfermedad y demás complicaciones. Pese a ello, por mar, sobre todo en corso, hubo nobles que encaminaron su carrera militar y su fortuna para defender su tierra, su bandera o a su rey, o, al menos, tal fue su pretexto. Otros más bien lo hicieron para recuperar o robustecer sus finanzas individuales o familiares y, de pasada, ¿por qué no?, engrandecer su nombre y fama en un esfuerzo voluntarioso por fundirse en la leyenda.

Sin embargo, «las damas primero». Con esta expresión no pretendo reivindicar un estereotipo añejo, sino jugar a las palabras para introducir una cuestión pasada por alto, olvidada o desconocida en la mayoría de las historias del corso: la participación de las mujeres. En el capítulo anterior las mencioné veladamente como esposas o viudas y con el papel, esencialmente, de fiadoras de armamentos. Aunque su presencia en la documentación es siempre minoritaria, es un hecho que formaban parte del ejercicio, quizá más de lo que podemos pensar.

Se sabe de unas cuantas que se involucraron como fiadoras o patrocinadoras –recordemos las esposas mallorquinas o la recién mencionada viuda de Coventry–, con un papel indirecto en la actividad. Aunque hubo por lo menos otra que lo hizo de manera directa y comandó su propia flota con la aprobación del monarca inglés en tiempos del conflicto. Obviamente, no podemos considerarla en el estatus de «caballero», porque no existía tal para una mujer. No había títulos, castas o unidades militares equivalentes a damas escuderas o guerreras de élite. Lo que ahora nos parece común en las novelas,

series y películas de fantasía épica, como la *shieldmaiden* Éowyn de Rohan en *El señor de los anillos* o la *lady-knight* Brienne de Tarth en *Juego de tronos*, era, en realidad, inconcebible.⁷ Sin embargo, estaba ella. Y, aunque sus razones fueron las comunes de cualquier otro jefe de armamento, la represalia, no fue de ninguna forma corsaria de profesión por elección, sino por destino. Su nombre era Juana-Luisa de Belleville y merece un lugar en estas líneas, no solo por ser un ejemplo de la acostumbrada injerencia directa de la nobleza en la guerra, sino porque lo hizo de forma singular, al ser del sexo «inesperado» en el frente militar de esos días. Sin embargo, no fue la única sobresaliente entre sus contemporáneas en el campo de batalla de la Guerra de los Cien Años. Evoquemos a la otra Juana, la de Arco, de apenas 19 años, no por mar, sino por tierra, a pie o a caballo, avanzando con el estandarte del contingente francés que sitió Orleans en la fase final de la contienda entre 1428-1429. Pero, a diferencia de la primera, la Doncella de Orleans era de origen humilde y campesino y así acabó expiada entre las llamas de una hoguera atizada por los ingleses. De cualquier forma, ambas mujeres salen del estereotipo femenino de su tiempo, por lo que la consigna «las damas primero» sirve aquí para posicionarlas en cabeza de sus respectivas líneas de combate.

Juana de Belleville, de 43 años, recientemente había perdido a su esposo, el noble bretón Olivier IV de Clisson, acusado por los franceses de pactar con el enemigo inglés con la pretensión de ser nombrado soberano del ducado de Bretaña. Con este pretexto, fue apresado a traición en 1343 y, tras un breve juicio, decapitado. A la usanza de aquellos días, el resto de su cuerpo fue desmembrado, luego repartido y sus pedazos exhibidos por las aldeas, lo que esparcía el terrorífico mensaje para quien osara atreverse a una felonía semejante. Conjeturamos que Juana, llena de amargura, decidió tomar venganza. Información plausible, si bien apócrifa, menciona que, tras mostrar a sus dos hijos –Guillaume y Olivier– la cabeza de su padre insertada en una pica colocada en una de las puertas de la ciudad de Nantes les hizo jurar que también lo vengarían. Mediante este ritual, la viuda declaró su propia guerra y la de su linaje contra el rey francés Felipe IV y su cómplice, el duque regente de Bretaña, Carlos de Blois. Con el apoyo de otros nobles bretones que condenaron aquella ejecución tan precipitada y los ultrajes póstumos al cadáver del caballero, reunió dinero, a los que sumó los suyos propios de la venta de sus fincas para financiar por tierra un ejército con el que tomó los castillos de Touffou, cerca de Bonnes, y de Galois de la Heuse, donde masacró, prácticamente, a

toda la guarnición, al igual que la de Château-Thébaud, al sudeste de Nantes. Más tarde, llegado el momento, arrendó y armó dos o quizá tres navíos —es probable que del tipo cocas, que eran los comunes entonces—⁸ y que, tras obtener respaldo y licencia de corso por parte de rey de Inglaterra, Eduardo III, puso a la mar. Al frente de esta escuadra recorrió el canal de la Mancha en poco más de un año y asaltó pueblos de las costas de Normandía y algunas rutas comerciales francesas. Si no fuera suficiente, participó asimismo en 1346 como apoyo en la batalla de Crécy, al norte de Francia, abasteciendo de lo necesario a los ingleses, hasta que cada una de sus naves fue hundida por su odiado enemigo. Se dice que ella y su hijo Olivier sobrevivieron a la devastación de su flota, tras pasar unos días a la deriva en una pequeña barca, suerte que no acompañó al pequeño Guillaume, que falleció de cansancio, sed y frío.⁹

Como siempre sucede cuando los hechos históricos se envuelven en la fatalidad, la revancha y la lucha armada, a la vez que faltan piezas para completar el cuadro, la vida y actos de Juana se tornaron narrativas salpicadas de ficción que, en la libertad de desviación de lo verídico, literatos, poetas y cronistas compusieron variaciones que fusionaron la realidad y la leyenda en una sola imagen trágica y oscura. Si nos sumergimos en la memoria colectiva, con indulgente fantasía podríamos atestiguar, en un día de bruma marina, como si nuestros propios ojos la contemplaran pasar, su flota de navíos de cascos negros como la noche y velas rojas como la sangre, la cual llegó a conocerse como la Flota Negra. En la cubierta de su nave capitana, bautizada, con razón, como *Ma Vengeance* [Mi Venganza], apreciaríamos la figura de la militante rebelde, apodada quién sabe si en su momento o ya revestida por el mito, como la *Lionne Sanglante* [Leona Sangrienta] o la *Tigresse Bretonne* [Tigresa Bretona], en honor a su supuesta brutalidad en cada asalto y captura de buque adversario, en los que se dice perpetraba matanzas sistemáticas de franceses y bretones de las que pocos sobrevivían. Acerca de la veracidad de estos hechos no cabe demostración ni testimonios. Lo cierto es que, tras la última batalla, la leona se salvó de naufragar junto con su *Vengeance*. El intento de triunfar en su trascendente apuesta quedó atrás para vivir unos cuantos años más al amparo de la corte inglesa, casada con el noble Walter de Bentley, lugarteniente en Bretaña de Eduardo III, y, tras la muerte de este, en 1359, se retiró a vivir eternamente en el paisaje bretón y la ficción histórica.¹⁰ De esta viuda no queda nada que decir más que su osadía guerrera se fue para quedarse.

EL VICTORIAL DEL ÁGUILA DE MAR

La seriedad de la imagen histórica de la corsaria Juana, ciertamente singular, como ocurrió con algunas otras de sus contemporáneas, entre ellas, la Doncella de Orleans, y, desde luego, también de contemporáneos masculinos, se desvanece en la especulación. No logra resistir los embates de los escritores de leyendas y los historiadores actuales que, en un afán de exprimir y reinterpretar la exigua documentación, no dejan –no dejamos– de añadir un toque personal. En esos mismos mares de ilusión y realidad que inundan la brecha histórica, en aquellos tiempos de las crónicas y los tratados, navegó otro noble corsario, esta vez castellano, llamado Pero Niño. La principal fuente que nos acerca a su vida, desde que fuera pequeño hasta la adultez, es contemporánea suya: una mezcla entre proemio y tratado de caballería titulado *El Victorial*, escrito por encargo por su exalférez, Gutierre Díaz de Games, de quien se dice que estuvo a su lado desde que ambos tenían veintitantos años.¹¹ El libro es claramente doctrinal, a la usanza de los que se escribían para justificar o ensalzar la vida y hechos de su protagonista, y, de pasada, disertar en torno a las habilidades de este noble cristiano en el dominio de la caballería y los ideales del oficio de las armas, siguiendo las enseñanzas de doctos como Alfonso X. Desde la memoria de la crónica caballeresca, el retrato de Niño difícilmente escapa a los estereotipos de la época, pese a que algún que otro historiador se ha afanado en rescatarlo.¹² Yo, aunque ahora me sumo a este esfuerzo, no puedo evitar especular e imaginar a partir del entramado de «hechos admirables» y lo que en realidad poco sabemos.

Empecemos por lo que es seguro. Niño pertenecía a la clase aristócrata y llegó a ser conde de Buelna, Valladolid, al servicio de Enrique III el Doliente. De sus primeros pasos lo único que se sabe es lo que nos cuenta su cronista Gutierre: su madre había sido la nodriza de Enrique, por lo que rey y corsario habían crecido juntos desde pequeños –con poco más de un año de diferencia de edad– alrededor de una década. Podemos atrevernos a imaginarlos jugando por los patios y rincones de la casa real, aprendiendo juntos bajo la enseñanza de los mimos tutores. Cuando años después llegó el tiempo de coronarse y Enrique tuvo que hacer frente a varias oposiciones de la nobleza, algunas en el campo de batalla, Niño incursionó como soldado en lo que fueron sus primeros años de formación con la espada, la ballesta y el caballo. A diferencia de otros nobles caballeros de la corte castellana de aquellos días, su carrera había comenzado desde abajo, como joven

hidalgo en busca de méritos propios en el arte de las armas. La herencia de su linaje se hallaba venida a menos en términos de riquezas. Así lo explica Gutierre, al tiempo que defiende que ello no era culpa del buen Niño, sino que venía desde generaciones atrás, en particular de los reveses políticos y de lealtades de su abuelo, Pero Fernández. Este se había vinculado al régimen derrotado del anterior monarca, Pedro I el Cruel (durante la Primera Guerra Civil de Castilla, 1351-1369), y, tras el regicidio, su proscripción había hecho sombra a su hijo, Juan —el padre de Niño—, que, no obstante, continuó sirviendo a la corona durante las intermitentes Guerras Fernandinas con Portugal por el trono castellano (1369-1382).¹³

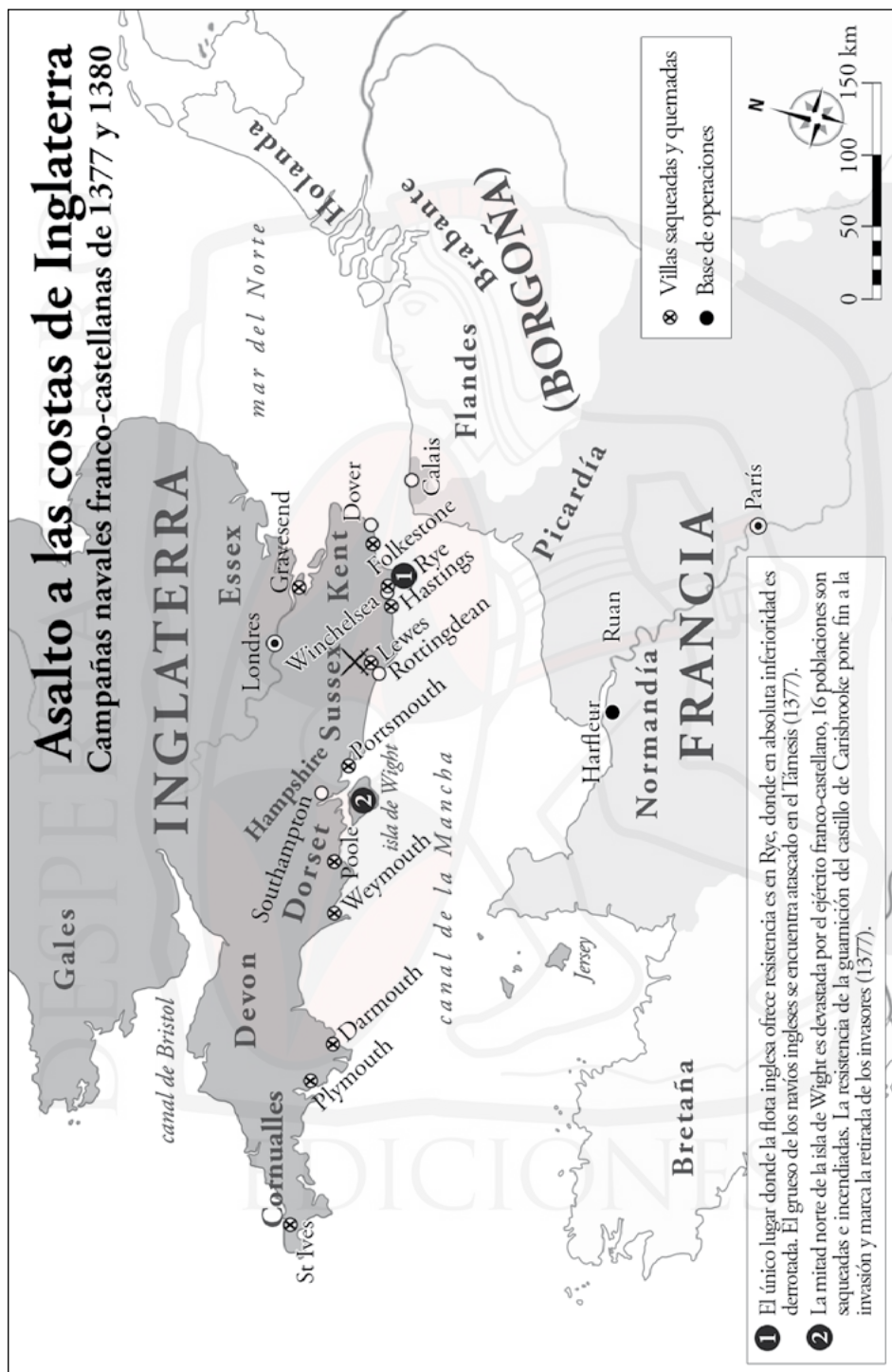
En su intento por dejar atrás la pesada sombra familiar, Niño comenzó a sobresalir entre los demás en cabalgatas y escaramuzas. El cronista narra una ocasión en que, en un nuevo conflicto con Portugal —al tiempo que en alta mar los marinos andaluces atacaban naos portuguesas por el cabo San Vicente y el almirante Hurtado de Mendoza recorría costas lusitanas en busca de algún botín o de galeras mercantes provenientes de Génova—,¹⁴ una avanzada del ejército portugués de Juan I, en la que iba Niño, cruzó el río Miño para cercar Tuy, en Pontevedra, en 1398. Una vez rendida la villa, el joven aspirante a caballero se mostró refulgente en un duelo, uno a uno, con otro gentilhomme famoso en su tiempo, Gómez Domaos. Gutierre fue testigo de ello, con sus ojos tal vez incendiados de admiración, al igual que, según el cronista, lo fue la mirada de ciertas «dueñas e doncellas» que, en ese momento, se posicionaban expectantes por el adarve del pueblo. Sin embargo, la admiración femenina no distrajo el corazón de Niño, que, poco después, entre el cerco de Tuy y las campañas de defensa de Alcántara y la toma de Peñamoncor y Miranda de 1399, buscó un momento para contraer nupcias, en «trato de amores», con la viuda Constanza de Guevara, cuñada de su protector, el noble caballero Ruy López Dávalos. Constanza dio a luz un hijo que murió al poco tiempo, en el ínterin de las cabalgadas de su marido por las campañas portuguesas y antes de que partiera a un nuevo encargo: la empresa mediterránea.¹⁵

Para comprender esta nueva misión de Niño, la cual lo llevó del interior de las tierras de Portugal a las llanuras saladas de aquel mar, habrá que explicar los acontecimientos en segundo término que transformaron su destino de hidalgo a caballo, a corsario a bordo de una galera. Por entonces todavía se libraba la dilatadísima guerra entre Francia e Inglaterra. Al margen de su desarrollo, y con indepen-

dencia de los intereses ajenos o cercanos y las alianzas cambiantes o discontinuas por parte de los reinos cristianos de la península ibérica, Aragón, Castilla, Navarra y Portugal, al principio, manteniendo la neutralidad, Castilla había aumentado su tráfico comercial tanto en el Mediterráneo, como en el Atlántico y Cantábrico, en estos últimos específicamente con su aliado, Francia, y, sobre todo, con Flandes, su mercado más importante de lana. Se trataba de la gran flota que, navegando en cabotaje o en línea recta desde los centros cantábricos de Santander, Bilbao y Burgos, iba cargada con la preciada lana y también con hierro, vino, cera, almendras, cordobanes, pieles de vaca, cochinilla, comino, mercurio, aceite, anís, uvas y miel. A su vuelta, llevaba las bodegas repletas de telas y encajes, arenques, candelabros y otras manufacturas metálicas.¹⁶ Como era de suponer, la ruta de ida y tornaviaje comenzó a ser acechada por corsarios y piratas, sobre todo ingleses, quienes se concentraban a la altura del canal de la Mancha.¹⁷ En 1350, veinticuatro velas de la flota se perdieron a su regreso de Brujas al enfrentarse, en la llamada batalla de Winchelsea –de nombre más folclórico, *Les Espagnols sur Mer* [Los españoles en el mar]–, a una escuadra inglesa comandada ni más ni menos que por su propio monarca, Eduardo III, y sus dos hijos, Eduardo, el Príncipe Negro, y Juan de Gante, entonces de 10 años y futuro duque de Lancaster, en revancha por supuestos ataques de corsarios-piratas castellanos a sus buques.

Mientras tanto, los tropiezos de la corona de Castilla, con la pugna interna entre el Cruel y su hermano bastardo, Enrique de Trastámara el Fratricida, que llevó a la contienda civil y traspasó una parte de la gran guerra a tierras del reino, con los ingleses como aliados de Pedro y los franceses del lado de Enrique, impidieron accionar los mecanismos de defensa necesarios para detener los estorbos a su comercio flamenco. No fue hasta el triunfo del bastardo y su subida al trono como Enrique II de Castilla cuando se reafirmó la alianza con Francia en 1368, duradera y alineada contra el enemigo inglés. Fruto de ello fue el planeamiento y puesta en marcha de exitosas campañas navales conjuntas en 1377 y 1380, en las que participaron corsarios vascos y que hicieron arder las principales aldeas costeras de Inglaterra.¹⁸

Pero nada detuvo a los corsarios ingleses que, centurias más adelante, fueron bautizados como «perros de mar».¹⁹ Durante las siguientes décadas, siguieron constituyendo la presencia predominante en alta mar, en su anhelo por hacerse con las riquezas del comercio castellano que circulaban por la fachada atlántica y más allá. En ello no estuvieron



solos. En la cuenca mediterránea había desde súbditos de la corona aragonesa, y de su aliado, el antipapa Clemente VII –cortes cuyas relaciones no siempre estuvieron en buen término con la de Castilla–, hasta corsarios castellanos que actuaban prestando servicios a ambos, a veces en acordada colaboración y permiso por parte del monarca castellano, pero otras sin este, contratados por el de Aragón contra sus enemigos –como Génova, aliado de Castilla– o dejándose llevar por su ambición; actuaban como piratas del comercio castellano, principalmente de lana, que se transportaba desde Sevilla y Cartagena a los reinos de Nápoles, Cerdeña y Sicilia y la república de Venecia, que traían, a su vez, mercancía de regreso.

Por ello, cuando Enrique III el Doliente, presionado por la clase mercantil, decidió combatir esta plaga empezando en el Mediterráneo, convocó a Pero Niño. Ahora bien, recordemos que el joven había hecho su carrera en terreno firme y llano, incluso lodoso. Hasta entonces, que se sepa, no había tenido ninguna experiencia naval. Por supuesto que en sus tiempos había corsarios experimentados y con cierta fama que podían haber llevado a cabo la misión fácilmente. No hablo de los comerciantes de barcos con licencia que, principalmente desde Sevilla o Cádiz ejercían el corso durante sus rutas de transporte habitual, pues estos, alejados de la corte, no gozaban de la cercanía, influencia y confianza del monarca como para dejar en sus manos tan importante empresa. Me refiero, y vuelvo al tema, a los profesionales de la guerra, a los caballeros nobles que se dedicaban a ello. Al parecer no había suficientes, aunque esta impresión surge de cuantificarlos en los escasos registros históricos de la época. De cualquier forma, de los que se tienen noticias es porque eran «hombres importantes» o porque su causa lo fue para la administración, la justicia y el rey en cuestión. Una buena parte combinaba el gallardo arte de la guerra a caballo con el de la gobernación de un navío de manera temporal y por periodos cortos. Otras veces lo hacían de forma más prolongada y los más arriesgados, valientes y ambiciosos llegaron a convertirse en profesionales de la guerra marítima y en particular del corso. La mayoría, los exiliados de otro reino, los que buscaban evadir algún delito grave o los que eran del bando perdedor en una lucha dinástica, no tenía mucho que perder.

En esta lista se hallaba el siciliano Guillem Ramon de Moncada, duque de Augusta, mencionado en el capítulo anterior como raptor de la reina María, forzado a salir al exilio en Cataluña en 1382, desde donde se dedicó al corso antes de volver al servicio del todavía infante

Martín. Otro fue el castellano Juan de Castrillo, acusado de haber participado en el asesinato de un hidalgo de Burgos partidario del conde Alfonso Enríquez, bastardo de Enrique II el Fratricida, por lo que tuvo que exiliarse y ponerse al servicio del conde de Provenza, Luis II de Anjou, entre 1389-1390.²⁰ También los había quienes, al ser hidalgos, simplemente tenían ganas de incrementar su fama y fortuna en alta mar. Así ocurrió con Guerau de Queralt, que, desde Barcelona, armó una galera en corso contra moros en 1377 y de vez en cuando trabajaba en misiones concretas al servicio del rey de Aragón o de otros soberanos como el de Chipre, en comisiones especiales para el traslado de nobleza u operaciones bélicas de recuperación de puertos, por las que recibió ventajas económicas.²¹

Así, cuando el monarca castellano se empeñó en designar a alguien de su máxima confianza, no había muchos nombres en la lista. No solo por ser aristócratas castellanos eran de fiar. Hay que tener presente que, por esas fechas, el hidalgo sevillano Barrasa y su grupo de corsarios paisanos obedecían órdenes del rey de Aragón. Entonces había una relativa paz con este reino que, décadas antes, incluso había sido aliado en varias ocasiones para combatir a los moros, lo que no quitaba que fuera el refugio de numerosos caballeros castellanos exiliados. Estos, bajo su protección, servían como corsarios en apoyo a sus pugnas con los reinos italianos. Pero también había los que apoyaban por decisión propia las causas aragonesas y las de sus aliados de Provenza y el papado de Aviñón, o simplemente aquellos que, con tal pretexto, trataban de hacerse con las mercancías genovesas, florentinas y otras cargadas en navíos castellanos. Uno y otros de manera directa o indirecta solían causar conflictos de intereses entre los reinos mediterráneos. Pongamos el caso del aristócrata Juan González de Moranza, corsario profesional al servicio de los Anjou de Provenza, Luis I y Luis II, en su lucha por el trono de Nápoles, y de su apoyo, el antipapa de Aviñón, en particular en la expedición a Nápoles de 1383, que también llegó a servir a los intereses de los monarcas aragoneses. Otro notable fue Francisco de las Casas, hijo de un alto oficial real que había sido tesorero de Pedro I el Cruel, que, alrededor de 1391, practicó el corso contra genoveses y, de vez en cuando, tomaba velas de los mismos catalanes y aragoneses y de sus vecinos castellanos. Cuando el rey de Castilla estaba dispuesto a ponerle freno, Juan I de Aragón pidió que le perdonara los crímenes y excesos que hubiese cometido, ya que le había prestado valiosos servicios a su hermano Martín durante la revuelta en Sicilia de 1393.²²

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Siempre al acecho de su presa, entre abordajes y naufragios, los corsarios surcaron los mares para, en nombre de reyes y señores, hacer y perder fortunas y vidas. En *Reyes del corso. Historia de los corsarios españoles*, Vera Moya cuenta su historia desde el Medievo hasta bien entrado el siglo XIX, arrancando desde la Antigüedad y desde el oscuro origen de una actividad muy ligada y a menudo confundida con la piratería, cuando navegantes mercenarios se pusieron al servicio de las *poleis* griegas o de Roma y el derecho de guerra por represalia fue incorporado como una estrategia bélica más.

En la Edad Media, como vasallos de reinos como Castilla y Aragón, individuos o grupos de particulares con permiso para armarse *en cursum* se dedicaron no solo a la captura de bajeles enemigos y a hacerse con las codiciadas cargas, sino que se unieron a las escuadras de guerra en campañas militares y asedios a plazas fuertes, así como en las cruzadas contra los musulmanes. Ya en la Edad Moderna, los corsarios fueron pieza clave en la proyección del dominio de la Monarquía Hispánica sobre el Mediterráneo y el Atlántico y dieron guerra sin tregua al turco, al inglés o al holandés.

Fueron caballeros, comerciantes, marinos, soldados, armadores y empresarios que navegaron por el Mediterráneo y el Atlántico. Instrumentos imprescindibles de la guerra, actuaron, prácticamente, en todos los conflictos desarrollados en la mar. Un largo recorrido en el que, además, *Reyes del corso* pone voz a los protagonistas con el fin de conocer su vida, motivaciones, logros y derrotas y para comprender cómo los corsarios españoles fueron esenciales en la consolidación y defensa de un imperio.

ISBN: 978-84-129810-7-0



9 788412 981070

P.V.P.: 27,95 €

**HISTORIA
DE ESPAÑA**